

LOS ECOS DE SANTIAGO ESPINOSA

Lucía Estrada

Santiago Espinosa sabe que la poesía es una invocación, un llamado en medio de la niebla, un grito que se abre paso (y se bifurca) a través de las cosas, una voz que se resiste a desaparecer aunque nadie parezca escucharla. Voz que cala hondo en nosotros y cuyos ecos siguen vibrando, resonando en el silencio; gruta en la que no tenemos otra opción que permanecer dolorosamente despiertos como náufragos que, para seguir vivos, recogen y devoran esas últimas palabras deshechas por el viento.

No todo está perdido mientras haya alguien que descifre esas vibraciones luminosas, rítmicas y definitivas que llegan intermitentes a través del vacío, el humo y el estrépito de las ciudades. No todo está perdido mientras ese alguien siga allí, atento, en medio del fragor y del silencio, hilando su propio sonido interior y palpando con manos de sordomudo la exuberancia de la música en el aire nocturno. No todo está perdido mientras poetas como Santiago Espinosa, escuchen sin parpadear las voces que les llegan de todos lados, renombrándolas, devolviéndoles una forma y un color, un timbre que las acerque a nosotros en su tensión y su vértigo, su insomne tamborileo, su rumor de calle, de barrio, de casa antigua, de habitaciones y objetos detenidos al fondo de la memoria:

*De lo oscuro suenan campanas.
Y el bar, las casas,
las mesas que esperan,
emprenden su detenido ascenso (...)
El barrio es el sueño de un barco que rumora
cuando suenan las campanas;
cuando brotan las sucias burbujas en los vasos, las camas,
y una opaca centella emerge impaciente.(...)
(Campanas. Pág. 6)*

Santiago Espinosa es uno de los más talentosos poetas colombianos de la última generación, pleno ya en su oficio, en su capacidad expresiva, lo que de paso confirma la vigencia y la vitalidad de la nueva poesía colombiana, poesía que sigue estando muy viva, muy abierta



Poeta Santiago Espinosa

a experiencias, lenguajes y territorios diversos, como él mismo lo escribió hace un tiempo. Santiago nos entrega, nos descubre en sus poemas, una visión bastante madura e inquietante acerca de un mundo que, desde el ámbito cerrado de la intimidad al de la exterioridad más cruda, nos involucra de frente en textos sembrados de luz y de sombra, de extrañeza y reconocimiento, de dolor y de gratitud, de misterio, fervor y melancolía, ciertamente intensos, escritos tanto desde el rigor como desde el riesgo, los mismos que se abren, se desdobl原因 a partir de tres ámbitos temáticos fundamentales en el libro presente: *Nafragios*, *Ecos* y *Anillos del árbol*. Instancias que pueden permitir al lector un tránsito más o menos ascendente o descendente, según quiera abordarlo. Porque no es de ningún modo extraño ni gratuito para el poeta ese devenir nómada entre la pérdida que implica la conciencia náufraga y la plenitud que restaura una memoria del ser en el tiempo y el lenguaje. Así, la escritura se hace eco, interregno entre dos realidades: la existencia cotidiana como eterno presente y el ejercicio de las palabras (anillos del árbol de la memoria) removiendo en nosotros imágenes de la infancia, afectos, presencias que aún nos habitan:

*Todavía recuerdo la casa. La convoco.
Mi madre le imaginaba sitios a las plantas
y mi padre, desde umbral, veía que esos espacios ajenos
despoblados,
se iban llenando de Mahler y de Mozart.
Los olores eran de cañerías.
De una humedad que no era nuestra.
Sólo saldremos de aquí con los pies para adelante,
juró Papá,
mientras en el teléfono hablaban intrusos,
de nombres que no conocíamos,
y mis hermanas, en silencio, ya sospechaban refugios
para el amor.
(...)*

(La casa. Pág. 57)

La noción del naufragio, su experiencia, suscita para el poeta y para todo lector de poesía, una antigua desazón; despierta toda clase de asociaciones de índole metafísica y existencial. La propia experiencia de la escritura entrevista como aventura siempre riesgosa, como navegación peligrosa a lo desconocido, la misma vida a la que somos arrojados un día y por la que vamos ciertamente a la deriva, dando tumbos, de orilla en orilla, más que lugares comunes son en principio las metáforas esenciales del destino. Así mismo, la noción del eco como sonido que se nos devuelve y se repite, subraya no sólo la inconsistencia del lenguaje frente a la soledad misma del hombre de todas las edades, sino la del poeta cuyas palabras terminan convertidas en cacofonías huérfanas de lo vivido. De tal suerte que, al final, sólo nos quedarán esas marcas, esas señales anilladas que el árbol de nuestra existencia revelará como última prueba de lo que acaso fuimos o soñamos ser.

Para Santiago, más acá de la neta visión simbólica del mundo, la poesía también es expresión de una cotidianidad más cercana que, no obstante, se desmarca del regodeo anecdótico mediante la concentración lingüística:

*Pasa un hombre.
El niño
que fue
lo mira
con rabia.*

(El otro. pág. 3)

Y es así como nuestro poeta va por las calles y los bares, por los rostros y las sombras de quienes todavía esperan y de quienes han cerrado definitivamente las puertas de toda esperanza. Este libro recoge las voces que tejen el aire y las convierte en su pregunta, en su pequeña sinfonía de asombros y desencuentros, en su viaje a través de la noche, en su búsqueda insatisfecha, en su diálogo secreto con aquello que fuimos, con el misterio que aún somos.

La escritura de Santiago nos remite por momentos a los espacios de una cotidianidad tras la que se devela un misterio sordo, la extrañeza de fondo que enmarca todas sus visiones. Escritura que enseña sus límites pero también su verdad, su autenticidad, señalando el instante, el gesto, la transitoriedad de esos *otros* que también somos *nosotros*, compartiéndonos una larga y tal vez desolada mirada que, desde la infancia, continúa abriéndose a la luz impúdica del mundo, como las vísceras que el carnicero enseña entre sus manos sangrientas.

Pero ante todo, estas páginas no traicionan nunca la entrañable verdad de lo que nombran. Todo retoricismo está de antemano descartado y así, no resiente su lector peso alguno de comienzo a fin a través de textos siempre al filo del asombro pero también del vacío. Páginas en las que podemos constatar lo ineludible de la pérdida, la soledad o el cansancio, aunque sin el énfasis que echaría a perder el equilibrio que después de todo es lo que hace la diferencia al escribir o escribimos. Es el pacto renovado del respeto a la verosimilitud el que aquí vuelve a cumplirse entre el poeta y su lector, un pacto, por lo demás, de serena intimidad pese a la carga contenida de emociones que está presente en cada poema. El poeta invoca el silencio que respira en cada uno de nosotros, en cada movimiento de la vida y le devuelve la dignidad del pájaro que avanza en medio de la tormenta.

En muchos poemas, la realidad es tan cercana que nos incomoda. Y es que la poesía nos devuelve multiplicada la sombra del árbol que talamos, pone un espejo frente a la imagen que siempre quisimos negar. Santiago Espinosa habla en voz baja con sus muertos; visita cada tanto el espectro de una ciudad revestida de ausencias, poblada de fantasmas que intentan aferrarse a nuestros ojos para no sucumbir a una segunda muerte, para no abandonarse a la nada informe, al vacío sin ecos ni memoria.

*Cierra los ojos
Fabio,
deja que las voces
se cambien
por imágenes.
No es tinta
lo que cae sobre el lienzo,
es la nostalgia de mar
que se esconde en las pupilas.*

*Deja que hable tu padre
en cada trazo sin pintura.
Deja que nazcan del repique
los caballos,
y que te encuentre el cuadro
que algún día te persiguió en Guadalajara,
y que te habló,
otro día,
entre la voz lejana
de la lluvia.*

*Todos tus trazos ya están escritos.
Te han acechado los recuerdos
como manchas, como colores
que se escapan de ese túnel,
honda bruma de la infancia.
Te han perseguido los ruidos,
como si hablaran los fantasmas
en cada letra conocida.*

*Tú sólo has encontrado
lo que andaba perdido, hombre viejo.
Lo que cuando te vayas
quedará olvidado, adentro,
en la bodega cóncava
que ocultan tus pestañas.
(Una oración. Pág. 15)*

Ya lo han dicho todos: la poesía no huye de la realidad, no teje mantos de sombra para ocultar el rostro de los muertos, no distrae nuestra atención de aquello que nos hiere, no diluye en el lenguaje el cuerpo convulso de la historia ni de los días y noches que se batena a muerte frente a nuestros ojos. De ninguna manera la poesía nos aparta ni construye para nosotros una torre. No, la poesía nos entrega de lleno a esa consciencia del mundo, de nuestro tiempo, nos hace entrar en la realidad más profundamente y nos obliga a permanecer despiertos. Y ese estar despiertos, esa vigilia recorre palmo a palmo este libro. Aquí no hay concesiones ni quejas inútiles, sino más bien un conjunto de imágenes que nos confronta y pone de manifiesto la fragilidad del hombre de hoy, un ser que sin embargo espera contra todo pronóstico, mantener incorruptible esa pequeña patria que es él mismo, el territorio íntimo de su libertad.

Santiago Espinosa, como el escultor judío de su poema, insiste en la arcilla inquieta de la memoria, y hace de esta labor un rito, una ceremonia de reconocimiento. No quiere pasar por alto ningún gesto, ninguna palabra, ninguna forma que se haya revelado contra el olvido. Inconforme, rabioso y taciturno, va de su propia soledad al silencio de los otros que caminan a su lado en una *diáspora de huesos todavía húmedos, entre las aguas de un mar muerto*.

Memoria que pervive en el instante amoroso en el que nuestro poeta escribe para que la piedra siga siendo la piedra y no el muro con que nos cerca la muerte.

Lentamente las imágenes de lo cotidiano se suceden como un cortejo taciturno en el que cada quien lleva su parte y en el que uno puede advertir un hilo secreto de perplejidad que los acerca, la corriente obstinada de un sueño común que todos sobrellevamos y mantenemos a flote desde la singularidad de nuestro propio destino. Y ahora pienso que estos poemas de Santiago Espinosa tienen largos corredores en los que deambulamos sin sosiego, tratando de respirar lo que resta del día, el aire que también a otros pertenece, la tibia luz que dibuja en los rostros y en las paredes la geografía de un horizonte imposible.

Una casa como decir un país, un territorio de nadie en el que cada cual está solo consigo mismo resistiendo; una palabra como decir un cuerpo vivo, una brizna de hierba que sostiene el cielo; un silencio,

como decir una música que no han podido opacar los fragores de la guerra.

Santiago Espinosa sabe que la memoria hunde sus raíces en la risa de los amigos, en las manos que se niegan a ser mutiladas, en el camino que transitamos una y otra vez bajo el sol, bajo la lluvia, en el horizonte que se propaga como un incendio en el abrazo, en las voces conocidas que preguntan por nosotros, en el eco de la noche que engendra otra mañana.

Pero también sabe, y este libro es la prueba, que somos un barco a punto de partir.

*Me hago a otro día.
La mañana se augura
con plumas de luz entre las piedras.*

Sé que llegará.

*Aun puedo oler la sal
en los cascos de otros barcos.
Puedo sentir su aliento en la arena que besa mis uñas
mientras busco sus formas en el suelo.*

*Viene la mañana y ya no hay tedio.
A veces la veo en sueños
y despierto la confirmo entre huellas, rostros en la playa.*

*Unas horas, nada más.
Pasa el tiempo y las sombras que caminan son escombros.*

*A veces oigo un susurro que se cuele entre las rocas.
Se acerca. Cada vez más.
Y sólo es el viento que me da la espalda, se aleja y ni siquiera se despide.*

(...)

(Canción del naufrago. Pág. 22)

Tal vez sea una constante en los poetas de la más reciente generación la evidente hostilidad de los acentos con los cuales se expresa la angustia y el reclamo frente a un tiempo cada vez más oscuro e indiferente. En Santiago Espinosa no se antepone esa aspereza aunque la atmósfera de lo que dice subraya suficientemente el trasfondo sombrío de su *inxilio*, estado al que nos vemos reducidos, me atrevo a

pensar, muchos poetas colombianos dentro de una conciencia de desesperanza sin desesperación en la que no hay otro lugar para la plenitud, ni para el sueño, que la misma palabra concebida al margen del miedo y los enmascaramientos *felices* con los que tenemos que convivir a diario.

Son estos días, y no otros, los que atraviesan entre heridos y fragmentados estos poemas. Es este país, este *duro reino solitario* que tiembla como un cuerpo agonizante y poblado de penosas memorias el que se atraviesa en las imágenes que Espinosa amarra tenazmente al mástil deshecho de su obstinada embarcación.

(...)

*La lejanía ahondaba los pasos.
Hacia culposas las sombras.
Y tu seguías coleccionando escombros
-nunca creíste en los presagios;
viendo nacer las ruinas
por el aire sin árboles.*

(...)

(Sir Walter Raleigh. Pág. 23)

Quien se aleja de su casa ya ha vuelto reza un pasaje misterioso del I Ching. Y es que nunca estamos tan cerca de las cosas y de los hombres, de nuestra propia, íntima realidad, como cuando nos alejamos, en apariencia, para verlos mejor, para palparles una a una las heridas y saber que no sanarán tan fácilmente, que la violencia del rayo abrió una grieta definitiva en su centro. Nunca, como cuando escribimos, se manifiestan con tal claridad las ruinas que han dejado a su paso los abusos del miedo, la oscura voracidad de la muerte. Escribir es por eso un oficio cada vez más doloroso, complejo y necesario. Escribir es arrojar un poco de luz sobre lo que estaba condenado a desaparecer en silencio; escribir es tomar las huellas de un instante desfigurado, mutilado y devolverles por un momento que se queda para siempre, las formas que le negaron sus verdugos. No hay olvido posible cuando escribimos. Escribir es un acto, entonces, de restitución.

En su primer libro de poemas, que hoy celebramos, Santiago Espinosa une su voz al eco de otras tantas para trazar la parábola del pájaro de luz en medio de las sombras; la mirada posible al paisaje soledado de otros días; el gesto amoroso que redima los cuerpos y las ca-

lles de los que ha sido expulsada toda compasión; una palabra que nos haga creer nuevamente en la palabra:

*Sientes su voz Al fondo
entre el silencio de los tallos.
Como un eco de mareas que ahora vuelve
y te reclama detrás de la hierba.
En la ventana.*

*¿De dónde estas imágenes
quebradas en secreto?
¿La amarga deriva
cuando ignoras la calle
y miras a lo alto?*

*Un mar te espera
en su amplitud de brazos.
Abriéndote campo acercándote
las sombras de una danza usurpada.*

*Las naves quemadas se alzan al poniente.
abren sus velas hacia el vértigo
(Ecos I. Pág. 31)*

